

En un rincón de tu corazón

LUIS CALDERÓN CUBILLOS



En un rincón de tu corazón

Luis Calderón Cubillos



©Copyright 2020, by Luis Calderón Cubillos
lp_1966_@hotmail.com

Colección El tren de las Novelas
«**En un rincón de tu corazón**»
Novela chilena, 150 páginas
Primera edición: junio de 2020

Edita y Distribuye Editorial Santa Inés
Santa Inés 2430, La Campiña de Nos, San Bernardo de
Chile
(+56 9) 42745447
librosdelaeditorial@gmail.com
www.editorialsantaines.cl
Facebook Editorial Santa Inés

ISBN: 9789568675851
eISBN: 9789568675868

Edición General: Patricia González Sáez
Ilustraciones: Luis Calderón Cubillos
Edición de Estilo y Ortografía: Susana Carrasco Gómez
Edición electrónica: Sergio Cruz

Impreso en Chile / Printed in Chile
Derechos Reservados

La conmovedora historia de Rolando, nos lleva a reflexionar sobre las condiciones de vida de muchos niños y jóvenes en nuestro país que, sin tener oportunidades, salen adelante y superan toda adversidad de una manera insospechada.

Luis Calderón Cubillos sabe cómo sorprendernos. Primero, con sus historias policiales y, ahora, con esta novela que nos hace llorar al comienzo, pero, luego, nos entrega las herramientas para superar los obstáculos junto con el personaje que, con su carácter y temple, además de su bondad a flor de piel, puede sortear toda vicisitud y llegar a conseguir un anhelado sueño guardado en el fondo de su corazón. Vamos, pues, de la mano de Rolando a encontrar lo que podemos hallar dentro de nosotros mismos.

«**En un rincón de tu corazón**» es la historia de un niño discapacitado, maltratado y abandonado que sueña con ser feliz.

Editorial Santa Inés

Prólogo

Es una historia de superación como muchas que se han oído por estos lados, donde se demuestra, a pesar de las muchas circunstancias adversas, penalidades y sueños truncados, dentro de un ser humano siempre hay una pequeña luz, que nunca pierde su brillo y que muchas veces se acrecienta con los mismos sinsabores. La adversidad logra generalmente forjar ese temple destinado a los elegidos que, con la tenacidad de los alpinistas, traspasan una y otra barrera que se les interpone a su paso.

No importa las veces que caes sino las veces que te levantas, hijo del tesón sigue avanzando que tienes mucho que enseñarnos, fueron esas frases y muchas más las que descubrió Rolando en los libros, que lo impulsaron a salir de los pozos negros que una y otra vez el destino como avalancha lo arrastró.

Luis Calderón Cubillos

A principios del mes de marzo de 1970, exactamente el día 1º, en el hospital de la sureña localidad de Temuco, venía al mundo un niño. Sería el último hijo de la familia Altamirano Tapia y, al parecer, su presencia traería complicaciones a los integrantes. Se trataría de una boca más que alimentar para los padres, y más competencia para los cuatro hermanos en ese mismo sentido.

Sin embargo, fue llevado a su hogar con la alegría que conlleva ese acontecimiento, ya más tarde se vería cómo hacer para alimentarlo, de todas maneras, la leche materna no le faltaría. Su madre, Ester, debía cuidarlo y además poner atención a sus otros hijos que aún eran menores, por ese motivo descuidó su trabajo y la despidieron, pero luego encontraría otro, esta vez, en casa particular en labores domésticas, lavado, planchado, etc.

Su marido, al no encontrar trabajo, decidió partir a la ciudad de Concepción a buscar futuro. Una mañana, al despertar, le comunicó a su mujer lo decidido.

—Ester, ¿sabes? Me voy. Aquí, ya no da más la situación.

—¿Y qué vas a hacer, Alfredo?

—Jacinto me ha dicho que en Concepción necesitan gente para trabajar, iré a probar suerte. Cuando reúna dinero suficiente vendré a dejarte, espero que todos los meses.

—Bueno, te empaco comida para el camino —le dice su mujer— y la ropa en tu bolso.

Después de ordenar la pequeña maleta, y esperar que Ester le empaquetara unos panes, emprendió la salida de ese rancho.

Ester, desde esa mañana, se dio cuenta que su vida cambiaría, ya nada sería lo mismo y como que presentía que de ahora en adelante debería remar sola en ese océano de desventuras.

Tomó al bebé en sus brazos y se dirigió al trabajo ese día, el que no quedaba tan lejos de su hogar, solo unas diez cuadras caminando.

Al llegar, saluda a su patrona la que le indica donde está la ropa sucia que debe lavar y después planchar. Ester, para comenzar esa tarea debe dejar en un rincón a su bebé, el que se encuentra durmiendo, menos mal, así no causaría problemas.

Así pasó el tiempo, el hombre volvió al mes siguiente con la ayuda esperada, y así durante un año, después se supo que estaba trabajando en una fábrica de acero, y le iba más o menos bien, solo que a Ester ya no la aceptaban en los trabajos. Por uno u otro motivo, la despedían, prescindían de sus servicios. Ella recorrió prácticamente toda la ciudad de casa en casa trabajando.

El niño de nombre Rolando creció y con dos años aún no caminaba, por lo mismo se empezaron a preocupar, pero pasado ese tiempo fue llevado al hospital, donde se le explicó que el niño, al nacer, se estranguló por unos instantes con el cordón umbilical, lo que en esos casos impide la llegada del oxígeno al cerebro, produciendo una parálisis cerebral, lo que llevaba consigo el no movimiento de sus piernecitas.

A la madre ya no le dieron más trabajo, y salía con el pequeño Rolando a caminar por las calles, la primera vez lo dejó sentado en el suelo y ella a su lado, cuando le dieron una limosna y, desde ese día, no paró más. Lo comenzó a llevar y la gente al ver al niño que se arrastraba y mal

vestido le daba limosna a la madre.

Los hermanos más grandes se habían metido en la droga, el camino más fácil para salir de ese mundo y crearse un mundo imaginario; ya no paraban en la casa, la calle era su hogar, ahora. Solo volvían, a veces, a dormir o llevarse algo para vender, mientras tanto Rolando en la casa se arrastraba de un lugar a otro, o gateaba de vez en cuando.

En una ocasión, la madre se dio cuenta de que Rolando se escabullía de los hermanos más grandes, y solo pensó que estos le pegarían al niño más pequeño; era malo que le pegaran por eso los reprendió, pero nada más, solo quedó en un reto, los demás hijos no la tomaron en cuenta, ya que no la respetaban.

Ester era una mujer de tez blanca, se notaba que en su tiempo había tenido más cuerpo, pero ahora su delgadez era muy notoria, debido a que comía poco y no paraba de caminar todo el día solicitando limosna.

También frecuentaba los bares del sector, entraba a ellos con Rolando a la rastra y solicitaba algo de comer para el niño; los garzones se apiadaban de ellos y les convidaban algún alimento.

Hasta los días que Rolando amanecía con fiebre, no era obstáculo para salir; lo tenía todo el día pidiendo limosna, o más bien dicho, era el símbolo de compasión de la gente que pasaba por esa calle, la que le daba una mano solidaria a esa pobre mujer con su niño.

Todos los días lo mismo. Al despertar, Ester se preparaba para salir a buscar dinero a costa de la pobreza y de Rolando.

—Vamos, hijo, hoy es un nuevo día, ya te curarás —decía cada mañana la madre y le masajeaba las piernas mientras

decía unas pequeñas plegarias.

A los tres meses, volvió el marido y encontró al pequeño Rolando como siempre, tirado en el piso, gateando y sus hermanos en la esquina drogándose, su madre venía recién llegando desde la casa de una amiga, pobre igual que ella.

—Hola, Alfredo, ¿habías perdido el camino de la casa? —dice Ester.

—Andábamos lejos, pero ahora estamos trabajando en Talcahuano, con mi compadre Jacinto. ¿Y los demás donde andan? —pregunta él.

—Por ahí deben andar, esos sueltos —comenta Ester, mientras entra al comedor y comienza a preparar algo de alimento para servir a su marido.

—Después que coma algo, sacaré a Rolando para que se distraiga —dice el padre.

—Bueno está bien, pero tú te haces responsable si le pasa algo.

El niño, desde el suelo donde estaba sentado, se sonreía con su papá, al parecer le gustó esa idea de salir con su padre, sintió una sensación de protección al verlo.

Antes del mediodía, partieron padre e hijo en dirección a la ciudad vecina de Victoria, quedaba a cinco kilómetros de distancia, así que en un rato estuvieron allá.

Esa tarde, Rolando supo lo que era el calor humano, sintió algo parecido al cariño que le expresó su padre al pasear con él por el centro de la ciudad. Alfredo le mostraba unos pequeños caballitos que después supo que se llamaban ponis, con ellos se sacó varias fotos.

Coincidentemente o su padre lo sabía ya, en esa ciudad se encontraba una feria de juegos, en los cuales Rolando se subió al carrusel, y dio varias vueltas mientras su padre lo observaba y le hacía señas con su mano. También su padre

probó suerte con un rifle, en un juego que se llama tiro al blanco, con muy poca fortuna, pues no se sacó ningún premio de los que había allí, tarros de conservas, de duraznos, botellas de licor, canastas llenas de caramelos y chocolates.

Después les dio hambre y entraron a una especie de ramada o tienda donde se vendía almuerzos y onces. Alfredo entró con el pequeño Rolando no sin dificultades para caminar. En realidad, era muy dificultoso mover sus piernas, pero finalmente se sentaron y pudieron servirse un almuerzo.

Después de comer el postre, un vaso gigante de jugo de durazno, y descansar un momento en esa tienda emprendieron el regreso a casa, lo hicieron en silencio. Rolando solo mira a su alrededor como queriéndose llevar cada pedazo de esa ciudad en su memoria, tal vez, presintiendo que esa oportunidad sería la última vez que saldría con su padre, y que tal vez ya no lo vería más.

De regreso a la casa, de nuevo la miseria. Si no lo llevaba su madre a pedir limosna, se quedaba de rodillas en la entrada de la casa, mirando como pasaba la gente o los demás niños que jugaban en la calle más arriba.

Sus hermanos mayores se burlaban de él porque era así o, simplemente, le pegaban para que se hiciera a un lado de la puerta y los dejara pasar. En una oportunidad, Rolando lloraba porque tenía hambre y sus hermanos le dieron vinagre; desde esa vez, siempre que podían le daban vino y el niño apestaba a licor.

Su madre, con el tiempo, también se sumergió en ese mundo de las drogas. Al igual que sus hermanos, ya había perdido el total sentido de la responsabilidad.

La madre de Ester, la abuela de Rolando, era la única

que imponía algo de cordura, pero a sus años no la respetaban, mucho menos los nietos mayores. También, en esa época, su padre ya no regresó más, y había otro hombre que después llegó a la casa. Rolando se terminó de criar con su abuela, ya que su madre convivía con un padrastro quien, también, después desapareció.

Una tarde, pasado mediodía, se estaciona un vehículo frente a la casa de Ester; sus ocupantes miran hacia el interior y proceden a bajarse.

—Buenas tardes, ¿hay alguien aquí? —llama una dama, la que debe insistir varias veces, ya que no responde nadie y nadie salía, solo el pequeño Rolando está apoyado en el marco de la puerta y los mira con dificultad.

El asunto era que no había nadie en casa, las personas revisaron el living pasando por encima del niño y regresaron a la puerta de salida nuevamente.

—Hola, ¿que se les ofrece? —por fin llega la abuela y pregunta.

—Buenas tardes, somos de la Asistencia Social, venimos por denuncias recibidas por grave descuido en el cuidado de un menor.

—Disculpe, señorita, la verdad yo no puedo hacer mucho —responde la abuela—. A la madre de este pajarito y a los hermanos mayores, ya no puedo gobernarlos.

—Y a lo mejor, si ustedes se lo llevan, le harían un favor a este pajarito —termina la abuela en sollozos.

—Precisamente es lo que haremos, señora —dice la Asistente Social.

—¿Su madre dónde se encuentra? Los demás integrantes de la familia ¿están cerca?

—No lo sé, quizás en la esquina o en alguna caleta de drogadictos por ahí —responde la abuela.

Los funcionarios se agachan a ver al niño y se pueden percatar que el niño está muy mareado, presumiblemente bajo los efectos de alguna droga; está fétido también, y esto era por el vino o cualquier licor que los hermanos mayores de pura maldad le daban.

—Colega, traiga una manta del auto —dice la señora Asistente Social, al acompañante.

La Asistente lo toma en brazos, previamente envuelto en una manta, y se lo lleva al vehículo estacionado afuera, mientras la abuela solo mira esta escena con una lágrima derramada por su mejilla ya curtida por el tiempo.

En el vehículo, los asistentes sociales comentan el encuentro con este niño, que les llama poderosamente la atención.

—Sofía, este niño está completamente borracho, si no se puede mantener derecho.

—Y parece que también está drogado, pobrecito.

—Bueno, en la sala médica hay que examinarlo bien, ahí sabremos realmente su estado de salud.

Después de este comentario, el auto aceleró en forma rauda por la Gran Avenida en dirección a la casa de acogida, u hogar de menores, con este nuevo integrante.

Al llegar al hogar o básicamente orfelinato, dicho propiamente tal como lo que era en realidad, porque de verdad los niños y niñas que se cobijan ahí son abandonados por sus padres, huérfanos de familia. En el caso Rolando, lo habían arrebatado a la familia para salvarlo de la vida de la droga y del alcohol.

En el orfelinato, se atendió a Rolando; se procedió a una higiene total. Al día siguiente, ya estaba completamente limpio y aseado; se procedió a efectuarle los exámenes para diagnosticar sus falencias. Rolando, con seis años apenas,

lo habían encontrado borracho y drogado, con eso bastaba para no entregárselo más a su madre biológica.

Este niño había nacido con una gran dificultad, se le había enganchado el cordón umbilical al cuello y esos segundos sin llegada de oxígeno al cerebro, dieron como resultado una parálisis cerebral. Y debido a eso, se produjo la inmovilidad en sus piernas.

Fueron seis años que el niño se arrastró entre el barro y suciedades cuando quedaba solo. Lo demás es historia conocida, su madre lo sacaba a pedir limosna en las calles.

El orfelinato quedaba en la ciudad de Concepción, ahí Rolando empezó a revivir poco a poco, conoció niños de su edad y empezó a ser más sociable, es más, se lo consideraba un niño hiperactivo, aún con su invalidez no se estaba quieto en ningún lado.

En el orfelinato, tiempo después, decidieron trasladarlo a un hospital cercano para ser examinado de sus piernas, para ver qué se podía hacer, y una mañana muy temprano la asistente a cargo lo llevó. En ese hospital estuvo bajo los cuidados de las enfermeras hasta que lo operaron de tenotomía, que se trataba de una operación de tobillos, rodillas y caderas, la que se debe efectuar para el tratamiento de las contracturas musculares en los pacientes afectados de parálisis cerebral.

La operación se hizo en el Hospital Clínico Regional de Concepción, y resultó todo un éxito, volviendo a la sala de recuperaciones, en la que permaneció un año aproximadamente, ahí se volvió el alma de los demás enfermos, recorriendo las salas vecinas y acompañándolos, seguido de cerca por las enfermeras que siempre lo cuidaron.

En el hospital, estuvo un año con las piernas enyesadas y

se manejaba en silla de ruedas por las habitaciones, animando a los demás enfermos, hasta que las enfermeras lo llevaban de vuelta a su sala. Ahí, todas las mañanas, en las rondas para ver los estados de salud de los pacientes, lo encontraba su médico que lo había operado.

—¡Veamos, cómo van tus piernas, Rolo! —le decía el doctor sonriendo.

Los días de visita que eran los domingos, llegaba mucha gente a ver a los enfermos, eran dos horas que había que aprovecharlas al máximo. Los niños se ponían felices con las cosas que les traían, galletas de agua, jugos en cajitas que debían tomarlas con unas pajitas, para no tomarlas a tragos y ahogarse. Al pequeño Rolando no lo fueron a ver nunca, pero no parecía importarle mucho, solo se veía sonreír, para él era como un juego. De primera, se apostaba en la entrada del pasillo que conducía a las camas, en una especie de sala de estar donde había grandes ventanales y, de ahí, junto a los demás niños observaban para abajo a los parientes cuando se aproximaban.

—Mira, Tomás, ahí viene tu papá —gritaba.

—¡Síííí, verdad! ¡Si me trae chocolate, te daré un pedacito!

— Seba, ¡también más atrás viene tu mamá con tu hermana!

—¡Es verdad Rolito, que buena vista tienes, cuando lleguen, ven a mi sala y nos repartiremos los dulces!

Y así venían llegando los padres o parientes de los demás niños hasta que Rolando se iba quedando solo frente a ese gran ventanal. En ese momento, cuando ya no llegaba nadie más, retrocedía con su silla de ruedas y se dirigía a las salas donde estaban sus amigos.

Era una tarde muy entretenida, Rolando estaba un